

á las cuales se hacen los honores de las salas. Habladme más bien de esas encantadoras azaleas de aire libre, tan rústicas, pero tan finas, sencillas y modestas. Os lo ruego, señora, cuando vuelva la primavera dadles puesto en vuestro jardín.

— Pero con tanto hablarme de flores ya marchitas y hasta pasadas, no me decís palabra de las que tengo á la vista.

— Nada en verdad más justo, señora. Pues bien, admiremos juntos las plantas de estas grandes masas. ¡Qué hermosos canastillos se hacen, por ejemplo, con un fondo de geranios rojos, rosados y blancos, con sus pétalos de terciopelo, rodeado por una línea de ageratos azules, bien provisto de flores de pasamanería y bordado de plantas enanas, blanquecinas ó cenicientas de follaje, como la centáurea!

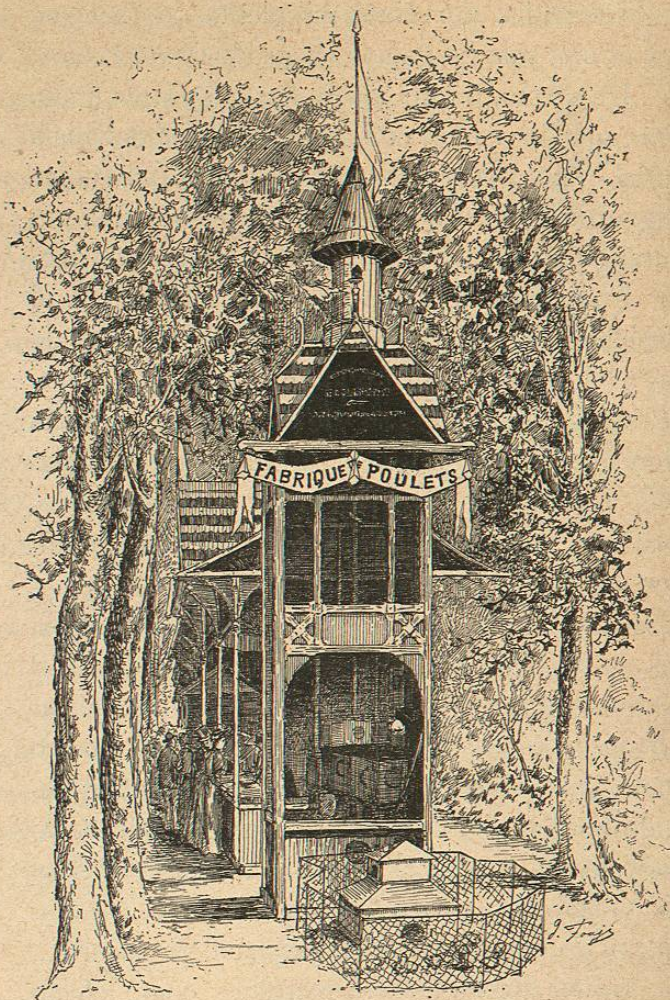
En cuanto al agerato, permitidme que os señale una novedad: el agerato rosa, que figura admirablemente al lado del blanco y el azul.

Creo inútil ponderaros el esplendor de las salvias escarlatas, cuyos gallardos tallos se engalanan con brillantes racimos en alto y entrelazado ramaje. Y las diferentes verbenas rojas, blancas, azules, de un azul violáceo, recortadas como piezas de joyería, ¡con qué opulencia no adornan la tierra! Tengo pasión por las petunias sencillas, blancas, rosadas, liláceas, rayadas, punteadas por el centro.

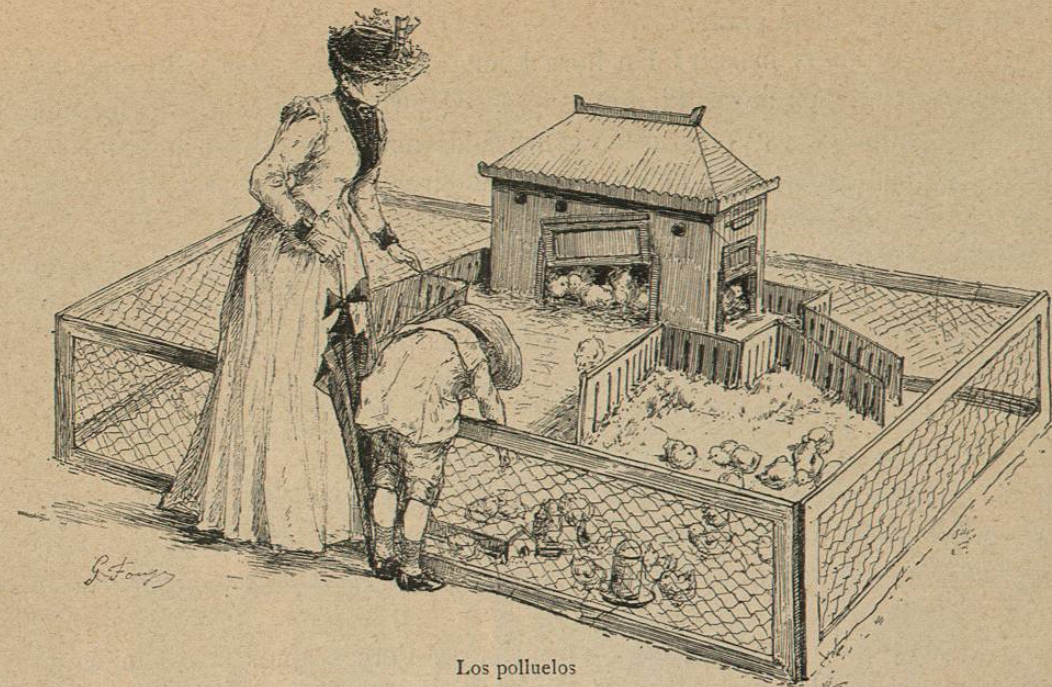
En cuanto á las dobles, hay petunias que ofrecen, en una sola flor, como una acumulación de flores ajadas, empenachadas de los más delicados matices; hay otras cuyos pétalos se festonean con los más graciosos recortes.

¿Alabaremos la noble raza de las crisantemas, tan grata á los japoneses? El ingenio de los horticultores las ha variado al infinito. Mirad, pues, esa obra maestra, de color rojo tirando á castaño, brillante, unguado y bordado de oro viejo. Y esta otra de color rosado vivo y de argentado reverso. Y estas otras de color naranjado cobrizo, tirando á amarillo, ó rosado liláceo, punteado y circuido de amarillo claro, ó carmesí rojizo, sombreado de rojo de ladrillo y mosqueado de amarillo.

Pero ahora recuerdo, señora, que os abruma las nomenclaturas. Notad que no he hecho la más ligera alusión á los claveles de tonos ardientes, tan bien recortados de bordes; ni á las floxias, que adornan el suelo de estrellitas; ni á las blancas julianas, ni á los pensamientos, ni á los hibiscus de Argelia, semejantes á bordados sobre terciopelo; ni á las begonias tuberculosas, rojas, blancas ó amarillas; ni á las gencianas, ni á las reinas



La fábrica de pollos



Los polluelos

margaritas, ni á las anémonas, ni á las plantas abigarradas de hojas de todas formas de que se componen los mosaicos de las orillas y de las masas.

Estos frágiles tesoros se gozan, no se analizan; á no ser que se quiera reproducir un *Manual del perfecto jardinero*, ó tomar de memoria los catálogos de nuestros grandes horticultores autorizados, como Alfredo Bleu, Vilmorin, Forgeot, Dupanloup, Croux, Honoré Defresnes, etc. ¡Y Dios aleje de nosotros este pedante y audaz deseo!

Entremos en un invernáculo.

¡Ah! ¡qué sorprendentes begonias de grandes hojas reales expone M. Alfredo Bleu! Begonias inéditas, de hojas inmensas, prolongadas ó redondas, rosadas, amarillentas, verdes lustrosas, violadas iríseas. Sería un gusto poseer esta colección tan bella, tan atractiva y nueva.

Otros invernáculos encierran bananeros de Abisinia, cuyas largas hojas umbeladas se encorvan y rasgan, palmeras altas ó enanas y otras plantas de decoración interior en gran número y espléndidamente diversas.

Luego vienen las tiendas y ved infinidad de legumbres: rojas zanahorias, rojísimos tomates tan llenos que se abre su lustrosa piel y parece que sangrea, blancos nabos, repónchigos rosados y repónchigos negros, y todo el ejército de remolachas, de patatas, de cebollas, blancas, rosadas y rojas, pimientos verdes y rojos, cohombros blancos y amarillos, berenjenas blancas y violadas, melones de todas clases, calabazas monstruosas, mapamundis comestibles deprimidos por los polos.

Muy cerca hay que admirar las guirnaldas de salsifi encuadrando ñames, patatas y cotufas. Las plantas de las alcachofas alternando con las plantas de los tomates sufren la triste marchitez del arranque y de la exhibición, ¡y cuán lánguidas se muestran sus recortadas hojas!

Pero, á Dios gracias, son menos elegiacas las ensaladas. Las lechugas tienen con qué agradarnos: las romanas muestran una frescura de salud que nos atrae; los apios se ofrecen á nuestra vista á gavillas, ó mejor dicho, á trofeos; y las achicorias... ¡Ah! las achicorias nos seducen, rizadas como cabezas de ángeles.



— Pero ¿adónde vais á parar?

— ¡Ah! ¿me prohibís insistir? En hora buena; no insisto, pues. Sin embargo, bien ordenadas estas frutas en mesas bien puestas, no dejarían de llamar la atención. ¿Qué os han hecho estas apetitosas peras, estas sonrosadas manzanas, estos amarillos albérrigos, estas uvas tan gruesas como ciruelas y estas ciruelas tan finas como uvas? Oled, á lo menos, oled el exquisito perfume de estas frambuesas...

En verdad lleváis un paso que apenas se os puede seguir. Huís de estas *frutertias* y ni queréis saber dónde están los huertos en que se crían estos primores de la mesa, ni menos permitís que os enumere algunos de los más preciosos ejemplares de los árboles forestales. Bien sé que los viveros abundan en vegetales de nombres ásperos y duros; pero, en fin, leed siquiera los rótulos de este grupo de olmos: *Ulmus modiolina*, *ulmus campestris latifolia*, *ulmus fulva*, *ulmus paniculata*...

Verdaderamente esto suena al oído como injurias pronunciadas en latín, lengua que se atreve á todo. Pero esto no es nada aún; leed en el grupo inmediato:

*Gledixhia Bijoti pendula*, *Crataegus oxycantha flore roseo pleno*, *Kœlreutheria paniculata*.

¿No es verdad que da miedo acercarse al latín? Pero seamos justos; si es difícil de entender, es magnífico de ver.

Por lo demás, los jardineros tienen una nomenclatura de productos que no tiene igual, en horror, á no ser la de los boticarios. Perdonémosles la ridiculez en gracia de lo que hacen para nuestro encanto. ¡Enriquecen nuestros parques y bosquetes de árboles y arbustos tan bien armonizados entre sí! De horticultores han venido á ser decoradores. ¿Qué efectos no obtienen en las masas con arcos rojos y arcos blancos, con los álamos, los fresnos y las hayas? Saben hacer de un soto un verdadero ramo por el tono de los follajes. En las perspectivas prodigan las coníferas de poderosos perfiles, siendo las siluetas el objeto de su atención tanto como los colores. Saludemos á estos paisajistas, que disponen las grandes líneas de sus plantaciones como hacen los pintores de frescos y arreglan los jardines con el gusto de verdaderos miniaturistas.

Si queréis que resuma en cuatro rasgos el carácter de la horticultura actual, como se dibuja en el Trocadero, he de deciros lo siguiente: Se procura establecer grandes conjuntos de bosque y se da á las guarniciones de los canastillos toda la viveza posible, por la oposición de los verdes, de las formas y de las flores. Las coníferas hacen furor justamente, porque unen con perfección las grandes masas sombreantes con los grandes cespedales descubiertos y los parterres soleados. En cuanto á follaje, la moda quiere vegetaciones altas; en cuanto á flores, se está por las bisuterías de las orquídeas, de las verbenas, de las gloxinias, de las floxias, por las bolas multicolores de las dalias, que se acumulan con exceso, por las rarezas de los amarantos de cresta de gallo. En fin, la característica del arte del jardinero en estos fines de siglo es el gusto decorativo.

Pero os veo distraída, señora mía, por las ráfagas de música que vienen de allá arriba. ¿Qué concierto es ese? me preguntáis. Acerquémonos, si queréis. En la terraza de un café pseudo-moruno, una orquesta de mujeres vienesas, adornadas con bandas de los colores franceses, entona ó desentona una fantasía del Fausto. ¡Moruno, austriaco, francés, Gounod!... ¡Diablo! He aquí el exotismo y la internacionalidad en toda la gloria de su gatuperio.

URBANO TAUNAY



Entrada del café moruno

## EL CAFÉ MORUNO

Bajo unos vidrios pintorreados de rojo, y cubierto durante el día con un toldo blanco para resguardarse de los rayos del sol, álzase un estrado cargado de negras acurrucadas, de africanos de diversas razas, inmóviles como estatuas y mudos; y al rededor se apiña un público de músicos ruidosos, de extranjeros correctos y asombrados, de hombres corridos en busca de sensaciones fuertes. Hay en el estrado, músicos rabiosos digámoslo así para ponderar su feroz entusiasmo, y bailarinas gordinflonas, afeitadas ó sea cubiertas de afeites y relucientes de oropeles, equívocas doncellas, pues no se sabe bien á qué sexo pertenecen, sonriendo lánguida y vulgarmente y empaquetadas en camisas blancas ó rosadas con velos de crespón de colores chillones y sembrados de estrellas.

En el diván que circula en el fondo del estrado á manera de alcoba, espera el obligado trío de músicos, mestizos de judíos ó de malteses y moros. Un joven de bigote negro y lustroso rasca luego un mal violín de pacotilla, enteramente blanco de colofonia. Un viejo sal y pimienta, de perfil de chivo soñoliento, rasca á su vez con su arco de escasas